

Miércoles 16 de septiembre del 2009

OPINIÓN

[Volver](#)

LÍNEA ABIERTA

Todo imperio cae

Venancio Salcines | 15/9/2009

Todo imperio cae y toda armada invencible puede convertirse en un amasijo. Los españoles lo tenemos claro desde hace varios siglos. Los banqueros de Wall Street lo aprendieron hace un año. En el 745 de su Séptima Avenida, en la sede de Lehman Brothers, hicieron algo más: sintieron el vacío. En tres días desaparecieron, como engullidos por un dios justiciero sediento de sangre. Justicia bíblica, debió pensar el temeroso George Bush al permitir la quiebra de Lehman. Pero si Jesús vivió al margen de los tributos de Roma, ¿por qué iba a inmiscuirse en el devenir de unos activos tóxicos? Nueva York roza las alturas pero no habita en los cielos.

Si algo hemos aprendido durante este año, es que esta crisis es profundamente humana. La generó nuestro egoísmo, la camufló nuestra soberbia y la está estimulando nuestro miedo. Por cierto, fue un profundo temor el que amplificó hasta niveles ensordecedores la caída en barrena de Lehman. Tal fue el ruido que el propio Bush se percató al instante de que debía guardar la vestimenta de justiciero para otra ocasión y ponerse la de médico en campaña militar.

Con esa actitud le puso en vena, el día 16 de septiembre, un analgésico de 85.000 millones de dólares a la aseguradora AIG. La medicina que no merecía el día 15 Lehman, se concedía al día siguiente a la megaaseguradora americana. Quince días más tarde, el Congreso de EE. UU. autoriza al Tesoro a comprar 700.000 millones de dólares en activos tóxicos. Bush ya era pragmático y carente de populismo barato, mejor tarde que nunca. Pero, mire usted, como no hay quien frene el agua de una presa que se abre en canal tampoco hay quien pueda taponar el miedo provocado por la quiebra de un coloso financiero.

Con la misma rapidez que los empleados de Lehman bajaban a la calle a recoger un taxi que les llevara a la oficina de empleo, el ahorro dejaba de fluir en los mercados internacionales. El mercado de crédito se secaba.

Los inmuebles se volvían ilíquidos. La clase media y la adinerada reducían drásticamente el gasto. Y en paralelo, el precio de las materias primas y el petróleo caminaba desbocado. La depresión se instaló como una espesa nube negra. La mayoría de los trabajadores eventuales, entre un 10 y un 15 por ciento de las plantillas, se vieron en la calle. El sentimiento de pobreza pasó a ser una fría realidad en millones de hogares acomodados del planeta.

Los bancos centrales, los más cuerdos de esta tragedia, nos salvaron los muebles. Inyectaron liquidez hasta el agotamiento y bajaron los tipos de interés. Cuando levantaron la cabeza, allá por abril, se dieron cuenta que se había abierto una nueva herida, la de la solvencia. En esa guerra estamos ahora. Saldremos de ella, seguro, pero antes hemos de sentir que España toca fondo.



© Copyright LA VOZ DE GALICIA S.A.

Polígono de Sabón, Arteixo, A CORUÑA (España)

Comercializa publicidad local:

Comercializa publicidad nacional:

Inscrita en el Registro Mercantil de A Coruña en el Tomo 2438 del Archivo, Sección General, a los folios 91 y siguientes, hoja C-2141. CIF: A-15000649.